

Texto que Julio Cortázar escribió en 1974 inspirado en la obra de Leopoldo Nóvoa y cuatro grabados de Leopoldo Nóvoa firmados y numerados.

Edición en castellano.

Textos compuestos a mano e impresos sobre Papel Arches en los talleres tipográficos de las Ediciones Robert y Lydie Dutrou, en Parly, Francia; bajo cuidado de Chistian Mameron.

Los grabados en aguafuerte y técnica mixta sobre papel Arches se han impreso durante el otoño de 2005 en las prensas de los editores Robert y Lydie Dutrou, en Parly, Francia.

Edición de 70 ejemplares numerados y firmados:

60 ejemplares numerados del 1 al 60;

10 ejemplares de autor numerados del PA I al PA X

28 x 40 cm.

Presentado en un estuche.

Terminado de imprimir en 2006.

Raïña Lupa Ediciones

PVP: 2.200 Euros



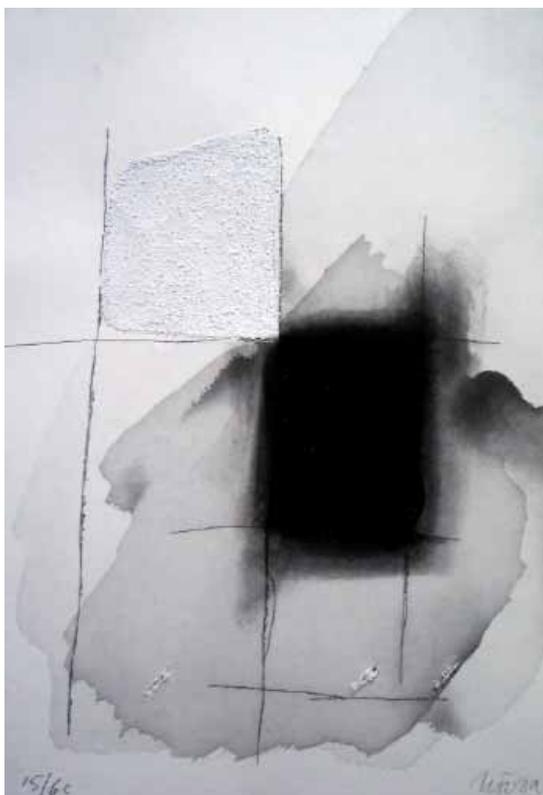
Julio Cortázar

De otros usos del cáñamo

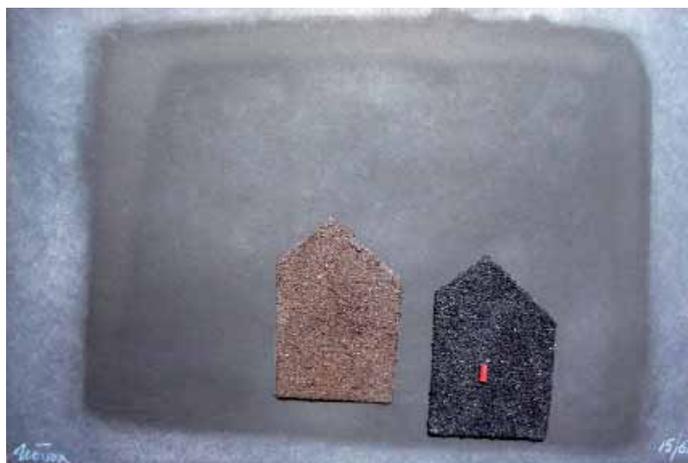
Entre sus muchas propiedades mágicas, está la de cambiar de nombre apenas cruzar el Atlántico; en España se llama cordel, en Montevideo o Buenos Aires piolín. Protagonista o intercesor de incontables metamorfosis - su nombre, sus dibujos, sus funciones - el cordel que yo llamo piolín es uno de esos elementos que pueblan imborrablemente el museo de mi infancia, y que a lo largo de la vida se han mantenido en un profundo, inexplicable contacto con mi visión de las cosas. Leopoldo Nóvoa lo sabe ahora; me bastó mirar algunas de sus obras para encontrar el rumbo y la justificación de estas líneas. Sin decirnoslo, fue como sentir que existe en el mundo una fraternidad innominada de artistas y poetas para quienes el piolín vale como signo masónico, como santo y seña sigilosa. Detrás, quizá, el mito de Aracne y la inmensa telaraña de las afinidades electiva; no cualquiera, sea dicho sin énfasis, merece la hermandad universal del piolín.

Carezco de capacidad reflexiva y sintética, y no soy de los que salen a investigar si a Novalis le gustan los piolines o si Yehudi Menuhin los aborrece; puedo en cambio retrazar las nimias memorias de mi propio ovillo desde una edad muy temprana. Muchas veces me he preguntado cuándo surgen por primera vez los seres y los objetos que habrán de elegirnos (Jean Paul Sartre me perdone) para siempre; cierto color de ojos, cierta flor; cierto jamón con huevos. De pronto están ahí, apasionadamente padecidos. Dante podrá decirnos cuándo vio por primera vez a Beatriz y cómo el tiempo detuvo su curso durante un infinito instante; pero el niño Alighieri no hubiera podido recordar el día y el lugar en que la poesía se le apareció como su futuro Virgilio. Vaya a saber en qué momento los piolines cesaron de ser para mí esas meras cosas de esparto o de rafia con que se ataban los paquetes, para dárseme de una manera inexplicablemente rica y privilegiada, ya no el ovillo utilitario al que acudía la familia con tijeras e indiferencia. Puedo, sí, recordar la maravilla de una hora, acaso la que paradójicamente me ató para siempre a los piolines: un amigo de casa, que amaba a los niños y les proponía enigmas, juegos absurdos, búsquedas de tesoros y gasolinas de colores jamás repetidos, me puso en las manos un aro de piolín y me enseñó el misterio de irlo cruzando entre los dedos, tejiendo, pasando por arriba y por abajo, multiplicando las figuras, llenando el aire de una siesta con una frágil geometría interminable.

LNL0001



NOE0001



NOE0002



NOE0004



NOE0003